

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Moradiellos, Enrique, *Historia mínima de la Guerra Civil española*, Madrid-
México, Turner-El Colegio de México, 2016
(Ignacio Olábarri Gortázar)
pp. 634-647



Universidad
de Navarra

Moradiellos, Enrique, *Historia mínima de la Guerra Civil española*, Madrid-México, Turner-El Colegio de México, 2016, 298 pp. ISBN: 978-8416714-02-5. 16€

Prefacio. I. La Guerra Civil entre el mito y la historia. II. La Segunda República: política de masas en democracia. III. El estallido de la guerra: un golpe militar parcialmente fallido. IV. Reacción y militarización en la España insurgente: la construcción de una dictadura caudillista. V. Guerra y revolución en la España republicana: del colapso del estado a la precaria restauración democrática. VI. La dimensión internacional: el reñidero de toda Europa. VII. El curso militar: de una guerra breve de movimientos a una guerra larga de desgaste. VIII. Vencedores y vencidos: el coste humano de la Guerra Civil. Bibliografía: una selección básica.

Este libro de Enrique Moradiellos es, a mi juicio, uno de los más logrados entre los que hasta ahora se han publicado en la colección de *Historias mínimas* de Turner-El Colegio de México. Existen varias razones para afirmarlo. Ya en su «Prefacio», el autor señala que su obra «quiere ser una introducción panorámica sobre los antecedentes, curso, desenlace y significado histórico de la Guerra Civil librada en España durante casi tres años, entre julio de 1936 y abril de 1939» (11) y expone también el punto de vista desde el que escribe recurriendo a unas felices frases del historiador italiano Enzo Traverso: «escribir libros de historia significa ofrecer la materia prima necesaria para un uso público del pasado. Aquélla no hace del historiador un guardián del patrimonio nacional [...] porque su intento consiste en interpretar el pasado, no en favorecer procesos de construcción de identidad o de reconciliación nacional. Un intelectual [...] “orgánicamente” ligado a una clase, a una minoría, a un grupo o a un partido, corre el peligro de olvidar la autonomía crítica esencial para su trabajo» (11).

Ese presentar «en toda su complejidad los perfiles básicos del conflicto español que puso fin a la Segunda República y dio origen a la dictadura del general Franco, con sus pertinentes matices de luces y sombras, sin ánimo beligerante sectario, ni propósito maniqueo intencionado» (12), no es tarea sencilla «porque la Guerra Civil española supuso un cataclismo colectivo que abrió un cisma de extrema violencia en la convivencia de una sociedad atravesada por múltiples líneas de fractura interna y grandes reservas de odio y miedo conjugados». Porque —y aquí recurre el autor a una observación de Charles De Gaulle— «todas las guerras son malas, porque simbolizan el fracaso de toda política. Pero las guerras civiles (...) son imperdonables, porque la paz no nace cuando la guerra termina» (13). A la luz de la victoria, no de la paz, de 1939, hay que convenir en que «cualesquiera que hubieran sido los graves problemas imperantes en el verano de 1936, el recurso a las armas había sido una mala “solución” política y una pésima opción humanitaria para el conjunto del país» (13). Como en 1938 escribió Manuel Azaña —a quien recurre el autor con frecuencia a lo largo

RECENSIONES

de su libro—: «No (...) voy a aplicar a este drama español la simplicísima doctrina del adagio de que “no hay mal que por bien no venga”. No es verdad, no es verdad. Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra (...), sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible (...), el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón» (14).

El primer capítulo del libro está dedicado a los mitos y a la historiografía de la guerra civil. Moradiellos afirma primero que el conflicto de 1936-1939 fue, sin duda, un conflicto interno, «una tragedia española» (Raymond Carr), pero fue también una contienda internacionalizada debido tanto a la analogía esencial entre la crisis española que dio origen a la guerra y la crisis general europea que se prolongó» durante el periodo de entreguerras (1919-1939) como a «la sincronía temporal entre el desarrollo de la guerra española y la crisis final europea que condujo a la Segunda Guerra Mundial» (18). Los mitos sobre la Guerra Civil, que el autor presenta a continuación, surgieron en los mismos orígenes del conflicto y perduraron muchos años. Son, en esencia, «dos grandes visiones contrapuestas: el mito de la Guerra Civil como gesta épica y heroica que hay que loar y recordar; y el mito de la Guerra Civil como locura trágica colectiva que hay que deplorar y olvidar» (21). Como cualquier otro mito, estamos ante relatos colectivos de acciones extraordinarias a cargo de protagonistas sobresalientes (individuales o colectivos: La Patria, La Clase), bajo un formato idealizado y ritualizado, de perfiles nítidos y maniqueos, siempre sin asomo de duda o contradicción. El primero en aparecer fue el mito de la gesta heroica, un mito de movilización bélica: en el caso franquista, tomó la forma de «un combate entre una España cristiana y la anti-España atea, subrayando así las dimensiones nacionales y religiosas del conflicto» (22). En el caso republicano, «la guerra respondía a una lucha secular entre los proletarios oprimidos y los opresores burgueses, entre los demócratas antifascistas y los reaccionarios fascistas» (23).

Solamente en los años sesenta, cuando comienzan a protagonizar la vida social española los «hijos de la guerra» —«que no habían combatido ni estaban comprometidos por deudas de sangre directas en la contienda»— y cuando la intensa modernización socioeconómica de la sociedad española dejó atrás las décadas de los cuarenta y los cincuenta, de silencio, hambre y miseria, la concepción mítica y dualista (las «dos Españas») que predominó hasta entonces fue sustituida por la visión de la guerra «como una inmensa “locura trágica” y una “matanza fratricida” que era un “fracaso” vergonzoso de todos los españoles». Como se repitió tanto entonces: «“Todos fuimos culpables”. Con su corolario: “Nunca más la guerra civil”» (27). Estamos también ante un mito, pero un mito de reconciliación nacional, que significativamente coincidía con un cambio de las preferencias políticas de los españoles: según una encuesta de 1974, el 60% de los encuestados era partidario de «principios democráticos de gobierno», mientras sólo el 18% favorecía «principios autoritarios» y un 22% se abstenía de ele-

gir. Como concluye el autor, «el encomiable valor moral y utilidad funcional durante la transición democrática de esa lección histórica implícita en el “Nunca más” resulta incontestable. Y, sin embargo, en sus presupuestos, formato y contenido seguía siendo una manera de tratar el problema histórico real de modo sustancialmente mitificado» (28).

Enrique Moradiellos acomete a continuación la tarea de presentar la nueva mirada historiográfica sobre el conflicto que aparece en los mismos años sesenta y que supone —es la labor «por definición crítica y no dogmática» (29) de la historia— la desacralización de todas las miradas míticas anteriores. La nueva historiografía apareció primero en el extranjero desde los años cuarenta (Brenan, 1943; Vilar, 1947), se fortalece y populariza en los sesenta (Hugh Thomas, Broué-Témime, Bolloten, etc.) y en los setenta encuentra cultivadores dentro de la propia España para llegar a «una verdadera eclosión en la producción historiográfica sobre la contienda» en el sexenio 1981-1986 —cincuentenarios de la proclamación de la República y del inicio de la guerra— propiciada por tres fenómenos coetáneos: 1) La configuración de una difusa «escuela» en torno a Manuel Tuñón de Lara, que conjugaba el compromiso ideológico marxista con la práctica profesional solvente; 2) La formación de una generación de historiadores españoles formados en el extranjero; y 3) «la irresistible aparición de una corriente de investigaciones historiográficas de ámbito territorial circunscrito» a lo regional o local. En general —concluye el autor—, «cabría decir que las investigaciones históricas publicadas desde entonces sobre la Guerra Civil han ido arrumbando sin remisión las visiones unívocas y simplistas sobre la contienda en favor de esquemas interpretativos más pluralistas y complejos» (36).

Moradiellos aborda después el estudio de la Segunda República, un quinquenio que presenta, creo, de una forma algo esquemática y demasiado racional —racionalista, si me entienden—. Me explico: el autor comienza afirmando que la llegada del nuevo régimen, «mediante el sufragio universal abrió las puertas a la era de la política de masas» (37). A continuación, describe un país que desde el punto de vista socioeconómico estaba dividido en dos mitades distintas: por un lado, los dinámicos núcleos industrializados y enclaves urbanos modernos, con sus variadas burguesías y clases medias, sus clases obreras cualificadas y semicualificadas (entre ellos, 1,3 millones de proletarios fabriles) y sectores populares sin cualificación y en su mayoría llegados a las ciudades desde el campo; por otro, extensas zonas rurales que preservaban una actividad agraria anclada en el tiempo en la que malvivían «dos tipos de campesinado muy diferenciados: en el norte y centro del país [...] casi dos millones de pequeños propietarios y arrendatarios, [...] con sus minifundios y caseríos [...]; mientras que en el sur [...] se agrupaban más de un millón y medio de míseros jornaleros sin tierra que eran empleados por una oligarquía terrateniente [...] controladora de enormes latifundios» (40-41).

RECENSIONES

En esa España dual de la modernización y el atraso combinados, el autor percibe «los tres núcleos de proyectos sociopolíticos antagónicos que existían en toda Europa en mayor o menor medida después del impacto devastador de la Gran Guerra de 1914-1918: el reformismo democrático, la reacción autoritaria o totalitaria y la revolución social». Es lo que llama la dinámica «articulada en torno a las “Tres Erres” (Reforma, Reacción y Revolución)» (43-44). Una dinámica que también llegaría a España, que, por diversas causas ligadas también a la Gran Guerra, aunque nuestro país no participara en ella, vio a partir de 1917 la ruptura de los equilibrios previos y la aparición de alternativas muy similares a las existentes en otros países europeos.

Aquí es donde se hacen necesarios los matices que, por otra parte, se pueden adivinar en la exposición posterior de Moradiellos: hay que decir, en primer lugar, que el régimen restaurado no era sin más el de la oligarquía y el caciquismo (Tusell, Varela Ortega), sino que constituyó, a partir sobre todo de 1890, un paso importante en el proceso democratizador y modernizador de España y emprendió el camino de las ineludibles reformas sociales; pero el más relevante para entender lo que sucedió durante la República es, a mi juicio, el que se refiere al papel durante la dictadura primorriverista, del PSOE: mientras la Unión General de Trabajadores, liderada por Francisco Largo Caballero, «un hombre de su clase», como le define su biógrafo Julio Aróstegui, aceptaba participar en los modernos Comités Paritarios de obreros y patronos constituidos por la dictadura e incluso en el Consejo de Estado, el catedrático Julián Besteiro mantenía la línea abstencionista respecto a «la burguesía» y los reformistas Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos entraban en contacto con los republicanos, con los monárquicos contrarios a la dictadura y también a Alfonso XIII, que la apoyaban (Niceto Alcalá-Zamora, Miguel Maura) y con representantes del ejército, en una vuelta a la dinámica de movimientos revolucionarios decimonónicos que permitiesen el cambio político. Es cierto que la Segunda República fue proclamada pacíficamente el 14 de abril de 1931 después de unas elecciones municipales en las que el «voto verdad» se inclinó en favor de las candidaturas republicano-socialistas; pero también lo es que antes y después del «pacto de San Sebastián» los firmantes intentaron —en 1926, en 1929 y en 1930— que los militares apoyaran una revolución que, como tal, nada tenía de moderna.

«La peculiaridad de la dinámica política española» entre 1931 y 1936 «residiría en un fenómeno crucial: a diferencia de otros países continentales, en España fue alcanzándose un equilibrio inestable, un empate virtual de apoyos y capacidades (y de resistencias e incapacidades) entre las fragmentadas fuerzas de la alternativa reformista y su heteróclita contrafigura reaccionaria, haciéndose imposible la estabilización del país tanto por la similar potencia respectiva de ambos contrarios (y su compartida incapacidad para reclutar otros apoyos fuera de los propios), como por la potencia de un poderoso tercio excluido revolucionario, enfrentado a ambos por igual y volcado en su propia estrategia insurreccio-

nal» (49). El autor no deja de aludir —aunque apenas estudia cada una de las fuerzas políticas en presencia, especialmente en el sector que llama reformista, ni tampoco nos delinea la figura de sus principales líderes, que «se dan por conocidos» (unas microbiografías de los más importantes hubiesen sido muy de agradecer)— a la «notable diversidad interna» de estas tres grandes fuerzas, «que dificultó su propia capacidad de actuación». Resultado: la vuelta a la «Triple Erre»: «en estas circunstancias, la dinámica política de la Segunda República pareció configurarse como una especie de tenaza de dos brazos y un mismo objetivo a batir: Reacción y Revolución frente a Reforma. Con una circunstancia agravante de gran calado: según transcurría el quinquenio, las fuerzas reformistas-democráticas verían menguar sus filas a medida que la crisis económica internacional acentuaba su impacto disolvente sobre las relaciones sociales y propiciaba una polarización política favorable a ambos extremos del espectro existente» (49).

El *quid* de la cuestión está, a mi juicio, en que, a lo largo del quinquenio republicano, las «Tres Erres» no están representadas por las mismas fuerzas político-sindicales. El caso más claro vuelve a ser el del PSOE-UGT: si en 1931-1933 Largo Caballero, como ministro de Trabajo de los Gobiernos de Alcalá-Zamora y Azaña hizo una importante contribución a su política reformista, después de las elecciones legislativas de 1933 —que han sido consideradas como las más democráticas hasta aquel momento de la historia de España (Roberto Villa)—, con el avance del centro radical de Lerroux y de la derecha católica corporativista de Gil Robles, el veterano líder obrero comenzó a preparar —buscando apoyos en otros sectores revolucionarios y no en los partidos republicano-reformistas— un movimiento insurreccional de confrontación abierta de clases, la revolución de 1934, en la que participarían incluso, aun con reservas, Prieto y De los Ríos y que, con su fracaso, dividió definitivamente al PSOE-UGT hasta el punto de que en la «primavera trágica» del Frente Popular e incluso ante la insurrección militar de julio, Prieto no pudo formar un Gobierno de unidad republicano-socialista pese a los deseos de Azaña debido a la división dentro del propio socialismo.

Considero que el siguiente capítulo, «El estallido de la guerra. Un golpe militar parcialmente fallido», narra muy bien los acontecimientos —los éxitos y fracasos de la tormenta de julio de 1936— y cómo después de aquellos días España quedó partida en dos, aunque dos Españas no absolutamente iguales en territorio, población y recursos económicos. Para el éxito o fracaso de los esfuerzos bélicos de ambos bandos era necesaria «la acertada resolución de estas tres tareas básicas inducidas por la “guerra total” que siguió a una insurrección solo parcialmente victoriosa. A saber:

1º) La reconstrucción de un ejército combatiente regular, con mando centralizado, obediencia y disciplina en sus filas y una logística de suministros béli-

RECENSIONES

cos constantes y suficientes, a fin de sostener con vigor el frente de combate y conseguir la victoria sobre el enemigo o, al menos, evitar la derrota.

2º) La reconfiguración del aparato administrativo del estado en un sentido centralizado para hacer uso eficaz y planificado de todos los recursos económicos internos o externos del país, tanto humanos como materiales, en beneficio del esfuerzo de guerra y de las necesidades del frente de combate.

3º) La articulación de unos Fines de Guerra compartidos por la gran mayoría de las fuerzas políticas representativas de la población civil de retaguardia y susceptibles de inspirar moralmente a esa misma población, hasta el punto de justificar los grandes sacrificios de sangre y las hondas privaciones materiales demandados por una cruenta y larga lucha fratricida» (111-112).

También los dos capítulos siguientes, dedicados a la evolución política que entre 1936 y 1939 tuvo lugar tanto en la España insurgente como en la republicana me parecen bien diseñados. Los insurgentes hubieron primero de consolidar una insurrección militar inestable, que no había obtenido todos los apoyos esperados inicialmente. Sin el éxito logrado por los insurrectos en Pamplona, Sevilla, Oviedo o Zaragoza —por poner solo unos ejemplos—, «se habría asistido a una repetición, *mutatis mutandis* y más o menos cruenta, del pronunciamiento encabezado por Primo de Rivera en 1923, el modelo conocido por los militares sublevados» (115); pero dicho éxito fue solo parcial y la España «nacional» vio cómo surgían tres núcleos geográficos aislados, cada uno de ellos bajo el control de un general.

«Los generales sublevados carecían de alternativa política explícita» (116) y común a todos ellos. Los había monárquicos alfonsinos, carlistas, republicanos conservadores, falangistas y accidentalistas (entre ellos, Mola y en gran medida, Franco). «Esa diversidad de sensibilidades había sido la razón del acuerdo entre los conjurados sobre el carácter neutral del pronunciamiento y la necesidad de establecer una dictadura militar más o menos transitoria, cuyo objetivo esencial era frenar las reformas gubernamentales y atajar la amenaza de revolución proletaria (...) Se trataba, en definitiva, de un movimiento de contrarreforma efectiva y contrarrevolución preventiva liderado por el ejército como “espina dorsal de la Patria” cuyo fracaso parcial, paradójicamente, provocaría el temido proceso revolucionario en las zonas escapadas a su control» (116-117).

La indefinición política inicial no excluía la existencia de un núcleo ideológico común a los alzados: el nacionalismo español «integrista e historicista, ferozmente opuesto a la descentralización autonomista o secesionista»; «la profesión de fe en un catolicismo identificado con la idea de cruzada “por Dios y por España”», comunión nacional-católica que había formulado ya en 1882 Marcelino Menéndez Pelayo; y «un virulento anticomunismo genérico que repudiaba tanto el comunismo *stricto sensu* como a sus cómplices, el socialismo, el anarquismo y el liberalismo democrático, por sus efectos disolventes sobre la unidad nacional y religiosa» (118-119).

RECENSIONES

A partir de esta base inicial común se habría de construir un Estado que se configuraría como lo hizo a medida que se desarrollaba la guerra y los militares alzados se convertían en protagonistas más o menos cruciales de la misma. Después de la constitución, en Burgos, el 24 de julio, de la «Junta de Defensa Nacional», presidida por Cabanellas como general más antiguo en el escalafón y que, como quería Mola, era «una entidad militar que, según su decreto fundacional, “asume todos los poderes del Estado y representa legítimamente al País ante las potencias extranjeras”» (120), la evolución del conflicto exigió la constitución de un mando único y que éste recayese, ya en septiembre de 1936, en Francisco Franco, cuyos compañeros de armas, «con mayor o menor entusiasmo», aceptaron firmar el decreto que le nombraba «Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire» (función militar-estratégica), «Jefe del Gobierno del Estado español» (función político-administrativa), confiriéndole expresamente «todos los poderes del nuevo Estado» a fin de permitirle «conducir a la victoria final y al establecimiento, consolidación y desarrollo del Nuevo Estado, con la asistencia fervorosa de la Nación». La ceremonia de entrega de poderes tuvo lugar en la Capitanía General de Burgos el 1 de octubre de 1936; en privado Franco reconoció: «éste es el momento más importante de mi vida» (129).

La primera decisión importante del nuevo «Jefe del Estado» (porque la fórmula «Jefe del Gobierno del Estado» no le pareció suficiente), del que en los primeros momentos unos llamaron dictador y los más Caudillo, fue la creación de lo que en la práctica sería su primer Gobierno, con sede en Burgos, la llamada Junta Técnica del Estado. Cuando, a comienzos de 1937, se puso de manifiesto que la guerra se iba a alargar más de lo previsto —no se produjo la ansiada toma de Madrid—, Franco buscó consolidar su régimen de autoridad personal omnímoda. Para ello era necesario hacer desaparecer la más mínima actividad política de los grupos que habían favorecido desde el comienzo el «Nuevo Estado» —la Falange, que no suponía un problema urgente dada la desaparición en zona republicana de su fundador, José Antonio Primo de Rivera, y los carlistas, que se convirtieron, ellos sí, en un problema, cuando su líder, Manuel Fal Conde, intentó en diciembre de 1936 crear un cuerpo propio de oficiales para dirigir el Requeté— y Franco lo hizo en dos tiempos: en primer lugar, Franco amenazó a Fal con el fusilamiento previo consejo de guerra si bien le permitió tomar la decisión alternativa de exiliarse en Portugal y fue sustituido por el conde de Rodezno, dirigente carlista navarro que acató la decisión de Franco y aceptó el decreto de integración de sus milicias en el ejército; pocos meses más tarde —ya con su cuñado Ramón Serrano Suñer como su principal consejero—, el 19 de abril de 1937, decretando la unificación forzosa de todos los partidos que habían apoyado la insurrección, «bajo mi Jefatura», en «una sola entidad política de carácter nacional, que de momento se denominará Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.», «Gran Partido del Estado, cuyo propósito era, “como en otros países de régimen totalitario”, servir de “enlace entre la Sociedad y el Estado”, comuni-

RECENSIONES

car al Estado “el aliento del pueblo” y divulgar en él “las virtudes político-morales de servicio, jerarquía y hermandad”» (137).

Era el comienzo del proceso de fascistización del régimen franquista que, con todo, siempre tuvo unos límites claros: el ejército seguiría siendo la base del poder, la Iglesia Católica era un pilar institucional intocable del Nuevo Estado y el «Movimiento Nacional» (la otra forma de referirse al partido único) era la amalgama de grupos derechistas unidos por el rechazo de la República. Como recordaría siempre Franco: «En definitiva: somos la contrafigura de la República» (141). A partir de ahí se fue desarrollando e institucionalizando el nuevo régimen, a través de normas y medidas legislativas de creciente influencia italiana en un proceso que iba a la par de los acontecimientos bélicos. Tiene razón el autor cuando afirma que «la orientación fascitizante impresa por Franco no agradó a todos los integrantes de la coalición dominante por obvias razones de rivalidad con Falange»; pero también cuando asegura que las diversas «familias» del régimen asumieron la necesidad de mantener «prietas las filas» en el tramo final de la guerra y que tanto los militares —que siempre fueron el elemento prioritario de la coalición, aunque solo fuera porque todos estaban en una guerra que había que ganar— como la Iglesia católica como Falange estaban unidas en torno al Caudillo —el Caudillo de la victoria y salvador de la patria, el Caudillo de la cruzada por la gracia de Dios, el Caudillo de la revolución nacional. «En todo caso, el 1 de abril de 1939 Franco consiguió poner punto final a la Guerra Civil con una victoria rotunda. Desde entonces la legitimidad de la victoria se convertiría en la fuente última de su derecho a ejercer el poder de manera personal y vitalicia. La Guerra Civil concluida triunfalmente habría de ser la columna vertebral sobre la que se erigió su larga dictadura de casi cuarenta años» (150-152).

En la España republicana la dinámica fue bien distinta, porque el triunfo en la guerra se enfrentaba con la distinta definición de lo que el autor había llamado «Fines de Guerra»; y en concreto, el dilema fundamental era: «¿se luchaba por la continuidad de la reforma democrática republicana inaugurada en 1931 o más bien por una revolución social que rebasaba sus límites?» (153). Dicho dilema se planteó en el mismo mes de julio de 1936 porque, después de un Gobierno Casares que naufragó el mismo día 18 no sin antes haber tomado la crucial decisión de disolver los restos del ejército y de dejar la defensa de la República en manos de una multiplicidad de milicias sindicales y partidistas, el presidido desde el día siguiente por el también republicano José Giral se encontró con todas las dificultades derivadas de aquella decisión: un gobierno en el que no estaban representadas las fuerzas obreristas, a su vez divididas entre sí (socialistas prietistas, socialistas largocaballeristas, anarcosindicalistas, comunistas ortodoxos, trotskistas). Como escribió Azaña: «Giral conserva la carta en que Largo Caballero desaprobaba las disposiciones del Gobierno encaminadas a reconsti-

tuir un ejército, que sería “el ejército de la contrarrevolución”. No admitía más que milicias populares» (155).

En las páginas siguientes Moradiellos describe vívidamente la eclosión y las consecuencias de la revolución, una de cuyas manifestaciones más evidentes fue la conformación de esas milicias populares, «dañinas para la autoridad estatal» (157). Fueron: 1) el surgimiento de múltiples comités y consejos autónomos, que asumieron las funciones de dirección político-administrativa en su respectivo ámbito territorial, a veces con escasa o nula relación con el gobierno y sus representantes; 2) la «ola de expropiaciones y colectivizaciones que alteró por completo la economía de la España republicana», tanto en el campo como en la ciudad, y que «tuvo más desarrollo en zonas de predominio anarquista»; y 3) «la represión incontrolada del enemigo de clase, fueran militares, sacerdotes, patronos burgueses o intelectuales derechistas». Dicha represión fue la «vergüenza de la República» para muchas de sus autoridades, y alcanzó su clímax (Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz) entre el 7 de noviembre y el 4 de diciembre de 1936, «con la batalla de Madrid en pleno apogeo» (156-161).

Desde fines de 1936 hasta abril de 1939 el «dilema letal» era «hacer la revolución o hacer la guerra». Ante un contexto internacional hostil a la revolución en España, «fue fraguándose un pacto tácito entre el republicanismo burgués articulado por el gobierno de Giral, el socialismo de Prieto y el comunismo ortodoxo representado por el PCE, para reconstruir el poder estatal, centralizar la dirección de la actividad económica y deshacer la revolución en la medida en que su pervivencia dificultaba la defensa armada contra el enemigo» (166-167). Pero el curso de la guerra exigía decisiones más radicales: en septiembre de 1936, ante el avance franquista sobre Madrid, «Giral presentó su dimisión y forzó a la izquierda socialista a asumir sus responsabilidades como fuerza dominante». A sus 67 años Largo Caballero aceptó el reto y el 4 de septiembre se anunciaba la formación de un gobierno de coalición de todas las organizaciones del Frente Popular: un gobierno de corta vida (apenas siete meses) y sometido a fuertes tensiones internas debido a las diferencias de objetivos de sus componentes.

De todos modos el gobierno de Largo Caballero fue capaz de resistir el asalto franquista sobre Madrid, al mismo tiempo que decidía trasladar a Valencia la capital de la República y encomendaba la defensa de la ex-Corte a una junta encabezada por el general Miaja, cuyo verdadero cerebro era el coronel Vicente Rojo. El gobierno de Largo —que había asumido además la cartera de Guerra, mientras que a su rival Prieto se le encomendaba el ministerio de Marina y Aire— emprendió una política de resistencia antifascista, que exigió (octubre de 1936) la militarización de las milicias para construir sobre sus bases el nuevo Ejército Popular de la República, la reorganización de las actividades económicas, la reposición de las autoridades municipales y provinciales y la reactivación de la actividad diplomática de la República. Es también el gobierno

RECENSIONES

de Largo el que decide depositar tres cuartas partes de las reservas de oro del Banco de España en la URSS para financiar así un esfuerzo militar para el que las democracias occidentales no quisieron contribuir. Después de importantes victorias militares en el frente de Madrid (enero-marzo de 1937), se recrudecieron las tensiones en el seno del gobierno porque los artífices de tales triunfos «eran dos grupos progresivamente enajenados por el jefe del gobierno: 1º) Los mandos militares profesionales que lograron esas victorias al frente del Ejército Popular de la República [Miaja y Rojo]; y 2º) Los líderes de un Partido Comunista en franca expansión, que había apoyado la militarización y apostado por la defensa de Madrid a toda costa» (177-178).

Largo Caballero reprochaba al PCE —como lo hacían también los anarquistas— su proselitismo y su moderación filorreformista. A su vez, los dirigentes comunistas querían suprimir el trotskismo del POUM y anunciaban el tipo de República que querían: en palabras del autor, una «prefiguración de lo que serían las “democracias populares” del este europeo después de 1945 [que] exigiría destruir las bases materiales sobre las que se asientan la reacción y el fascismo, así como el control comunista de los instrumentos coactivos del estado (sus fuerzas militares y populares)» (181). «En ese camino hacia la hegemonía política, el PCE se enfrentaría con éxito a sus desorientados adversarios revolucionarios, sin reparar en medios», incluyendo los que puso a su disposición la NKVD contra enemigos políticos (secuestro y asesinato de Andreu Nin, junio de 1937). En el momento en que Franco optaba por centrar su esfuerzo militar en el Frente Norte, en la zona republicana se produjo el enfrentamiento entre la Generalitat, los anarquistas y el POUM, y el propio gobierno. Entre el 3 y el 7 de mayo se produjo la derrota de los partidarios de la Revolución Social proletaria, entre los que desde 1933 estaba Largo, «que naufragó en la estela de la sublevación y a la vista del agotamiento del programa político de la izquierda socialista» (181-184).

Parecía que el turno era ahora el del líder socialista reformista Indalecio Prieto; pero, para sorpresa general, el nombramiento de presidente del gobierno recayó en el eminente fisiólogo Juan Negrín, que apenas llevaba siete años de militancia en el PSOE (Prieto asumía el nuevo ministerio de Defensa unificado). La decisión se explica por el gran cometido desempeñado por Negrín en la cartera de Hacienda durante el Gobierno Largo, en su creciente prestigio internacional en un momento en que la suerte de la guerra dependía más que nunca de la evolución del contexto mundial y, en fin, en el deseo de Prieto —y de Azaña— de no exacerbar la oposición de la izquierda socialista dejando abierta la vía a su reincorporación al ejecutivo, al margen de sus malas relaciones (de Prieto) con otras fuerzas políticas (comunistas, anarquistas). En todo caso, Juan Negrín, que sería el último presidente del gobierno de la República durante la guerra civil, encarnó un nuevo espíritu, bien puesto de manifiesto en su lema «Resistir es vencer». Y ello, como «una estrategia político-militar defensiva vertebrada sobre

dos expectativas de horizonte alternativas». En el mejor de los casos, resistir hasta el estallido de una guerra europea; en el peor, lograr condiciones de capitulación aceptables (186-187).

Pero la situación bélica siguió empeorando para el bando republicano (batallas de Teruel) y en el seno del régimen la posición de Negrín se encontró ahora con la postura «derrotista» de Prieto —a quien Negrín cesó a fines de marzo de 1938— y, más aún, con que el propio presidente de la República, Manuel Azaña, era partidario de las tesis de «don Inda». Otros factores que ayudaron a desencadenar la nueva crisis fueron la aparente hegemonía del PCE y el empeoramiento de la situación internacional. A pesar de la opinión de Azaña, que creía que la guerra estaba perdida y era partidario de obtener la mediación franco-británica para obtener de Franco condiciones de capitulación, Negrín, fiel a su lema, formó en abril de 1938 un nuevo gobierno, ya sin Prieto, que mantuvo desde Barcelona —nueva capital republicana desde octubre de 1937— llevar a cabo su programa, algo que se hizo imposible después del fracaso del Ejército de la República en la batalla del Ebro, de la caída de Barcelona en enero de 1939 y de la retirada masiva de los republicanos hacia la frontera francesa. En marzo de 1939 se registraba el último acto de la vida política de la República dentro de España: el coronel Segismundo Casado se sublevaba contra el gobierno por considerarlo ilegítimo tras la dimisión pocos días antes de Azaña como presidente y con el apoyo de líderes republicanos, anarquistas y socialistas (incluyendo a Besteiro). Por esas fechas Negrín estaba ya fuera de España. En cuanto a la voluntad del Consejo Nacional de Defensa de Casado de negociar con Franco, el coronel se encontró con que el general solo ofrecía la rendición incondicional, lo que significó el fracaso político del Consejo y el fin de la guerra ante la ofensiva final franquista que no tuvo oposición.

No me voy a entretener mucho en los dos capítulos siguientes del libro, no porque no sean importantes sino porque son bien conocidos. Como es sabido, la guerra se libró en un contexto europeo inestable y convulso. En él buscaron apoyo diplomático y militar los dos bandos en conflicto. Y, mientras el bando republicano no consiguió comprometer a las democracias occidentales —ni siquiera a la Francia del Frente Popular—, que se pusieron al frente de la política de no intervención en los asuntos españoles —solamente en septiembre de 1937, ante los ataques de los submarinos italianos a los buques mercantes que traficaban con la República, la conferencia de Nyon puso límites al apoyo italiano a Franco—, desde el mes de julio de 1936 Franco obtuvo el apoyo militar de Hitler, de Mussolini, del Portugal de Salazar y del catolicismo mundial. En esas circunstancias, Stalin, quien en julio de 1936 apoyó la política de no intervención y rechazó la petición republicana de ayuda en armas, en septiembre, una vez demostrado que dicha política no detenía el apoyo ítalo-germano a Franco, cambió de política y comenzó a socorrer militarmente a la República sin por ello abandonar oficialmente la política de no intervención; y lo hizo por motivos político-

RECENSIONES

estratégicos más que por el compromiso con la revolución en España. También son bien conocidas las vías principales de la ayuda soviética: la formación de las Brigadas Internacionales y el envío directo de militar bélico soviético, que comenzó a llegar en octubre de 1936. El gobierno republicano pagó dicha ayuda con las reservas de oro del Banco de España, mientras Franco recibía la ayuda extranjera a crédito. Después de la crisis del verano de 1937 —«la política colectiva de No Intervención se había convertido en una farsa institucionalizada» (233)—, se produjo lo que el autor llama «el lento desahucio de la República», explicable en parte porque la URSS no era entonces una gran potencia militar y el envío de material bélico soviético a España tropezaba con grandes obstáculos logísticos, algo que no ocurría con la ayuda italiana y alemana a Franco. Y, cuando en 1938-1939, los acontecimientos europeos pusieron en peligro la paz mundial, el premier británico Chamberlain consiguió convencer a Francia de que la victoria de Franco no era un problema grave, se cerró la frontera francesa, con lo que la República «vio cortada su última y vital línea de suministros militares y alimenticios exteriores» (239). Como concluye Moradiellos, «no cabe duda razonable de que el contexto internacional determinó de modo crucial el curso de la Guerra Civil y su desenlace» (240).

El curso militar de la guerra —de una guerra que iba a ser breve y que se hizo larga— es, en sus líneas generales, bien conocido, y no me voy a detener en él aquí. Sí quisiera remarcar, con el autor, que algunas decisiones a veces mal entendidas de Franco, porque parecía que contribuían a un innecesario alargamiento del conflicto, se deben a su política de «aprovechar las operaciones bélicas para proceder a la extirpación física de un enemigo considerado como la anti-España» (254). Este objetivo se adivina detrás de cada uno de los episodios bélicos que enfrentaron, como los militares más perceptivos en cada uno de los bandos, a Vicente Rojo y a Francisco Franco, y de modo particular, en la batalla del Ebro. Como explica el autor, «Franco suspendió los ataques sobre Sagunto para atender el desafío de Rojo y pese a los consejos contrarios de muchos de sus asesores. Había decidido apostar por un choque frontal de desgaste aprovechando que el enemigo carecía de reservas de hombres y material suficientes para alimentar el combate: “No me comprenden, tengo encerrado a lo mejor del ejército enemigo”» (269). Era el último y más importante «choque de carneros» con los que Franco derrotó militarmente y deshizo psicológicamente a las fuerzas republicanas; y dicha política militar es del mismo orden que la política represiva que el bando «nacional» adoptó durante y después del conflicto: «una “limpieza” represiva [que] se cebó con dirigentes y militantes destacados de partidos políticos y sindicatos de izquierda, así como con autoridades republicanas, militares enemigos tildados de “traidores” y afiliados a las logias masónicas (...) Esa política represiva fue responsable de un elevadísimo número de muertes durante la guerra que pudo alcanzar las cien mil víctimas (más otras treinta mil en la posguerra)» (147).

RECENSIONES

Sobre ese mismo asunto vuelve el autor en el último capítulo de su obra, en el que se precisa el coste humano y material de la guerra. El número de víctimas mortales por operaciones de guerra estuvo entre los 150.000 y los 200.000; la represión en la retaguardia es responsable de otros 155.000 muertos, cien mil en la zona franquista (a los que hay que añadir los 30.000 de la posguerra) y el resto en la zona republicana; y hubo otros 346.000/380.000 muertos por sobremortalidad derivada de enfermedades, hambrunas y privaciones inducidas por la contienda. Por si fuera poco, hay que tener en cuenta, además, el desplome de las tasas de natalidad, «una reducción del número de nacimientos respecto a épocas previas que se ha situado entre 400.000 y 600.000 niños “no nacidos” durante el trienio bélico» (276) y el «incremento espectacular en el número de exiliados que abandonaron el país, ya fuera de forma temporal (quizá hasta 734.000 personas en diferentes fases) o ya fuera de forma definitiva (entre un máximo de 300.000 y un mínimo de 200.000 personas: el llamado exilio republicano español de 1939)» (276). Estamos, sin duda, ante el «fenómeno más negativo» de la historia demográfica contemporánea de España, que además no se puede limitar solo a unas cifras sino que exige el estudio de los sufrimientos de tantos españoles, especialmente «de las personas que a partir de la victoria de 1939 hubieron de pagar su simpatía hacia la República» (277): no menos de 300.000 prisioneros, un mínimo de 400.000 internados durante meses en campos de concentración, los exiliados en Europa y América; pero también de los combatientes, en su mayoría reclutas forzados y de la población no combatiente de la retaguardia civil. Como estudió el doctor Grande Covián, la población de Madrid, como la de casi toda la España republicana, llegó a pasar hambre. Resalta el empleo de testimonios de protagonistas de la contienda o de historiadores a todo lo largo del libro. Es un recurso que utiliza Moradiellos con gran habilidad para dar viveza a su relato.

El libro concluye con una selección bibliográfica básica en la que, como dice el autor, «no están todos los que son, si bien son todos los que están» (293). Bien escrito, con un pulso narrativo siempre sostenido, quizá el mejor elogio que se puede hacer de la obra de Moradiellos es que, teniendo siempre en cuenta el actual estado de la cuestión sobre las diversas facetas que se prestan al análisis en la guerra de 1936-1939, «siendo todo lo que está en el libro aunque no esté todo lo que es», el autor consigue ofrecernos un magnífico ejemplo de historia tal como en su prefacio nos adelanta que entiende que es la tarea del historiador.

Franco obtuvo la Victoria, no la Paz y el Perdón de que hablaba Azaña en 1938. Quizá el transcurso de la larga posguerra hubiese sido otro si Franco hubiese atendido la petición de clemencia con los vencidos de la guerra que le hizo Pío XII el 16 de abril de 1939 o la solicitud de perdón como un deber de todo cristiano que hacía el cardenal Gomá en su carta pastoral —prohibida por la censura oficial— *Lecciones de la guerra y deberes de la paz* de 8 de agosto del mismo año.

RECENSIONES

Enrique Moradiellos García (Oviedo, 1961) ha sido investigador en la Universidad de Londres y profesor de la Universidad Complutense de Madrid y en la actualidad es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Extremadura. Se ha especializado en el siglo XX español y se ha interesado por el oficio de historiador. Después de su primer libro sobre *El sindicato de los obreros mineros de Asturias 1910-1930* (1986), ha escrito sobre la guerra civil, el régimen de Franco y las relaciones hispanobritánicas durante los años treinta y cuarenta. Un rasgo de su trabajo es que suele alternar sus temas profundizando poco a poco en ellos y alternándolos; otro, la reedición de varios de sus libros, siempre claros y pulcramente escritos. Entre ellos destacan; *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil española* (2001); *1936: los mitos de la Guerra Civil* (2004); *Don Juan Negrín* (2006); *La guerra de España (1936-1939): estudios y controversias* (2012); *Neutralidad benévola: el gobierno británico y la insurrección militar española de 1936* (1990); *Franco frente a Churchill: España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)* (2005); *La perfidia de Albión: el gobierno británico y la guerra civil española* (1996, 2010); *Las caras de Franco: una revisión histórica del caudillo y de su régimen* (2016); *Las caras de Clio: una introducción a la historia* (1992, 2009); *El oficio de historiador* (1994, 2005, 2010, 2013); *Sine ira et studio: ejercicios de crítica historiográfica* (2000); *La persistencia del pasado: escritos sobre la historia* (2004); *Clio y las aulas: ensayo sobre educación e historia* (2013). Es autor también de un ensayo sobre *La semilla de la barbie: antisemitismo y holocausto* (2009).

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra

